

EL TIPOGRAFO

PERIÓDICO QUINCENAL
ÓRGANO DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA MONTEVIDEANA

Año VI

Montevideo, Abril 1.º de 1889

Núm. 133

ADMINISTRACION - FLORIDA 209
SUSCRICION

Por un mes..... \$ 0.20
Número suelto..... " 0.10
En el extranjero, por un mes..... " 0.30

EL TIPOGRAFO

«Sociedad Cooperativa Tipográfica
Uruguaya»

Con gusto cedemos el puesto oficial en nuestra lista al Directorio efectivo de la mencionada Sociedad, que á fuerza de constancia y trabajo, van levantando muchos de nuestros compañeros de arte á quienes nunca nos cansaremos de encomiar bastante.

Es de admirar el inmenso y noble afán que éstos demuestran por hacer práctica la idea en un plan que, por lo breve de él, parecería un sueño ó una ilusión su palpable realizacion, pero que, sin embargo, nada hay más cierto ni más positivo que esto; y nada hay más cierto decimos, porque muy pronto, tal vez cuando menos nadie lo piense, hemos de ver un letrero en una de las calles de esta ciudad anunciando la IMPRENTA DE LA SOCIEDAD COOPERATIVA.

¡Guerrad! pues, á los incansables obreros del bien general.

Es aquí sus nombres:

Ramon Marin, Presidente.
Juan Bonifaz y Gomez, Vice-Presidente.
Estevan Chiappe, Tesorero.
José A. Fernandez, Secretario.
Carlos Spiritello, Vocal
Salomon Olivera, "
Teodoro Bastos, "
Andrés Vila, "
Julio Pequeño, "

Con escepcion del señor Bonifaz, que fué electo en la pasada Asamblea de esta Sociedad, todos los demás señores fueron reelectos en sus respectivos puestos, por mocion del señor Bordas.

¡Qué las auras del progreso impelen siempre al mundo de esta naciente Asociacion!

Nada hay en el mundo más saludable para el género humano que los desengaños.

El hombre se forja muchas veces, en su imaginacion, ilusiones vanas ó ideas perniciosas, que poco á poco van tomando cuerpo y echando profundas raíces; pero cuando la realidad abre expédito camino por entre las vallas que ellos han levantado en su pensamiento, y que creían inexpugnable, reconocen lo absurdo de sus creencias, y entonces como arrepentidos pecadores, entonan el *Mea culpa*.

Segun nos enseña la Santa religion cristiana, basta un acto de contriccion para purificar una alma; pero nosotros creemos que cuando el arrepentimiento llega recién cuando uno en las puertas de la desesperacion ó de la muerte se halla, ese arrepentimiento es tardío.

Lejos son estas de la Humanidad, leyes que cual

dicen, son insondables, pero que no dejan de ser por eso reales.

En los individuos que componemos las diversas razas que pueblan el mundo, nada hay de extrañar que existan diversidad de pareceres, pues existe por ley natural, la diversidad de costumbres, colores y razas.

Más, á pesar de todo esto, vemos que entre ese infernal *maremagnum* de opiniones, ideas, creencias y costumbres se consigue encontrar centenares de individuos, aunque de diferentes caracteres, que armonicen y fraternicen con una idea.

De esta conformidad de ideas, de esta igualdad de pareceres y por último, de esta compacta uniformidad de aspiraciones, formada unicamente por la noble aspiracion de que "uno sea para todos y todos para uno"

Se nos objetará que tambien los que no abrigan deseos, formen otro círculo, que lleve la contraria á los que, sin conocer el miedo, se lanzan en su fe confiados, con ardor á la pelea.

Pero, tambien es necesario comprender, que ese núcleo, aunque fuese numeroso, que jamás lo será, no es compacto, no lleva por lema la justicia y el progreso, sino únicamente la discordia y el retroceso.

Aquel que siente germinar en su corazon ideas nobles; aquel que deja penetrar en su razon—ofuscada quizás, en algun momento, de estravio—un rayo de luz, de aspiraciones nobles, no puede jamás ser vencido, pues tiene en su ayuda la razon y el derecho.

¡Infeliz del hombre que no tenga la aspiracion de ver respetados sus derechos de ser racional!

Todos en el mundo formamos un rebaño compacto, pero siempre sucede que tenemos que sentir que alguna oveja descarriada ande á saltos de mata por entre las abruptas peñas del oscurantismo.

La máxima del redentor de la Humanidad nos enseña y obliga, á que esa descarriada oveja la traigamos al rebaño con nuestros cariños y nuestros consejos, que sino son, cual los sabios y profundos proverbios y consejos del gran Salomon al menos son filtrados del manantial puro de la amistad sincera y del amor profundo que á todos nuestros hermanos debemos tener en nuestro corazon.

¡Dichoso, mil veces dichoso, el que con su constante prédica logra atraer al redil á las ovejas descarriadas!

¡Nunca hay que desconfiar en el triunfo de una causa, que desde su advenimiento ha sido considerada noble y justa!

¡Tardará algun tiempo quizás para ver coronados con los innmarcesibles laureles de la victoria el espléndido triunfo de la causa que abogamos; pero estamos en la firme conviccion, que al fin de nuestra jornada, cuando podamos descansar tranquilamente en nuestro abandonado hogar, nuestra conciencia estará serena, nuestro corazon latirá pausadamente, y nuestro sueño será apacible, pues tendremos la plena satisfaccion de haber cumplido con nuestro deber.

Bástenos eso; que debe ser la única ambicion del hombre que batalla, no por el mezquino y vil interés, sino por la profunda grandeza de sus creencias.

Por eso es, que jamás hemos vacilado en predicar la union, en hacer comprender á todos nuestros compañeros la necesidad de la Asociacion, única áncora de salvacion que existe para el obrero.

Bueno es pensar en el hoy; pero mucho mejor es pensar en el mañana.

Mientras nos sonrie la juventud, brindándonos placeres sin fin, todo es alborada, todo es alegría, todo lo vemos cubierto de flores; pero cuando la vejez ó el infortunio llama á las puertas de nuestro dormido corazon, entonces ¡ay! todo es crepúsculo, todo es tristeza, todo se vé sembrado de espinas punzantes, que desgarran nuestra alma dolida.

Por eso unicamente es que exhortamos á nuestros compañeros á que reaccionen, á que comprendan su propio bien, y entren á formar parte en la Asociacion.

Hora es ya que pensemos tambien los desheredados de la fortuna en procurarnos un asilo para nuestra achacosa vejez y que á la par sirva de benéfico amparo á nuestros vástagos, ó á los que nos sucedan en la ruda batalla de la existencia por la vida.

Meditad con calma, queridos compañeros. lo que acabamos de deciros, y estamos en la firme persuasion que vuestra conciencia os aconsejará que cumplais con vuestro deber.

Gil Blas.

Para el mes de Mayo....

Hemos leído con mucho gusto un artículo del señor X. titulado "Vamos pensando" en el que trata de la eleccion del próximo Directorio de la Sociedad Tipográfica Montevideana y en el cual reco- que deban desempeñarlo.

mienda el que se vaya ya pensando en las personas

Muy oportuna y sensata encontramos la idea de ir con anticipacion buscando las personas que deben desempeñar los puestos del Directorio venidero, para no encontrarnos como otras tantas veces, el día de la eleccion, en apuros y confusiones que luego resultan entorpecimientos para la marcha ascendente de la Sociedad y del orden seguido hasta ahora.

Pero, si creemos que desde ya se debe ir pensando en esto, no dejamos tampoco de creer el que las personas llamadas á desempeñar esos cargos sean tipógrafos que muy pocas ó ninguna vez se hayan nombrado para ese objeto y estén habilitados para desempeñarlos.

Decimos esto, porque desde algun tiempo á esta parte se ha adoptado el pernicioso sistema de seguir Directorio tras Directorio, eligiendo á los mismos señores para que continúen en sus puestos, sin entrar primero á averiguar si su voluntad es esa, de seguir cuatro y cinco años sin descanso en el desempeño de funciones que, si bien son en provecho de la comunidad entera no por eso, en tan largo intervalo de tiempo, deja, más de una vez, de cansar la voluntad de servir á éste, pues el que lo hace una vez, ya queda archivado para un *eternum*.

No somos de esta opinion; creemos hoy como ayer que todos los tipógrafos á quienes se les reconoce criterio y voluntad para apreciar la cosa social, deben ocupar respectivamente su puesto en el Directorio, al cual no deben jamás retirar su contingente, al menos por un año, pues así, estando en el seno de éste se aprenden muchas cosas que los demás miembros de la Sociedad ignoran por o poco contacto de estos con los asuntos que nece-

sariamente tiene que tratar quien lleva el timon de nuestra nave.

No queremos decir con esto que estamos cansados de servir á la Sociedad y al gremio, no; nuestra voluntad para con ésta y con aquél es la misma, pero, somos de parecer, como ya lo hemos dicho antes, el que las fatigas sociales deben repartirse siempre entre todos sus miembros, para así tener siempre á disposicion de la colectividad voluntades frescas y no deseos cansados.

Los quehaceres del Directorio de ahora son muy pocos, pues no habiendo beneficencia, que era lo que más trabajo daba, éste se reduce á seguir la marcha paulatina y segura de hoy, hasta llegar el momento definitivo en que puedan emplearse las fuerzas que recupere en hacer bien á todos aquellos que lo soliciten y que lo merezcan.

Hoy debemos de rechazar el cliché aquel de: "renuncio porque me falta *competencia*"; no, para desempeñar puestos en nuestra Sociedad todos estamos habilitados, y nadie más que otro tiene esa *competencia* de que muchos señores PERFECTAMENTE COMPETENTES creen adolecer.

La direccion de nuestra Asociacion, en el dia, es sumamente fácil, pues no existen ya esas complicaciones internas de otras épocas difíciles en que todo el tiempo que uno dedicaba á su estudio era siempre poco para tener al corriente los asuntos de interés, que nunca faltaban, y el despacho de órdenes para médicos, farmacéuticos, Comisiones de Enfermos, anotaciones, actas, etc; etc; y en que más vivía uno en la Sociedad que en el hogar de la familia; todo esto casi ha concluido ya, y el trabajo de hoy solo se reduce á simples tramitaciones de orden general.

Un año pasa rápido, casi sin sentirse, pero cinco y seis seguidos como hay quien los tiene en la actualidad, son muchos para no levantar un débil y amistoso clamor á los señores electores y confeccionadores de listas, intercediendo á su espíritu *reelector* quiera seguir los consejos saludables de quien á pasado por las pruebas y á estudiado que ese es el mejor medio de encontrar año tras año quien graciosa y desinteresadamente se preste á servir á la Sociedad.

No lo olviden, para Mayo.....

Yorik.

¡Hossana!

A pesar de nuestros continuos días de sufrimientos y amarguras, tenemos, como quien dice, de Pascuas á Cuaresma, algunos ratos—escasos y contados por cierto,—en que, á pesar de todos las contrariedades y vicisitudes porque pasamos, nos alegra y nos consuela.

Y decimos que nos alegra y consuela, porque vemos que la semilla que á fuerza de sinsabores y fatigas, arrojamos al recién abierto surco, empieza á brotar lozana.

¡Todo aun no se ha perdido; aun nos queda algunos granos, y eso los componen la fé y la esperanza!

¡La fé y la esperanza, que es el alimento del que en humilde y pobre cuna nació!

¡La esperanza, bálsamo precioso que alivia en las horas más amargas al infeliz obrero!

¡Esperanza! ¡Bendita seas!

Cuando la tierra está bien trabajada, la semilla, si es que no está podrida, retoña.

¡Dichoso el labrador constante que recoge sus frutos en el árido campo del mundo!

Los iniciadores de la *Sociedad Tipográfica Cooperativa Uruguay* deben estar, á no dudarlo, satisfechos de su obra.

Con constancia inquebrantable, sacaron todos los escombros y con ardor empezaron por construir sólidos cimientos, con el fin de que ningun ciclón de

la mala voluntad y del egoismo, pudiese echar abajo ese edificio.

Satisfechos, volvemos á repetirlo, deben estar los iniciadores de tan bella idea, á la par que orgullosos, al ver la buena acogida que ha tenido su noble tentativa.

La idea, si bien es verdad que no es nueva entre nosotros, al menos les quedará el consuelo, que por esta vez, triunfará el progreso y hundirá para siempre en el insondable foso del desprecio, á la rutina perniciosa, que tan arraigada está entre los espíritus débiles y apocados.

¡Hossana! ¡Hossana! Esté es el grito que deben exclamar todos los iniciadores al ver colmados sus deseos.

¡Ah, que el hado cruel del destino, no tronche nuestra existencia antes de ver coronada esa obra con el laurel de la victoria más completa!...

Si así fuese,—aunque sería vivir muy poco,—quédenos al menos el consuelo de haber contribuido con nuestras escasas fuerzas á llevar un grano de arena al edificio que en dia no lejano servirá de seguro y benéfico asilo.

¡Qué notable diferencia entre el que tiene una manta con que abrigarse en las crueles noches del invierno, y aquel que tiene que sufrir las inclemencias del cielo.

Tendamos la vista lejos, muy lejos de nosotros, á la vieja Europa, y veremos,—y bueno sería tomar el saludable ejemplo que nos dan nuestros hermanos de infortunio,—que de miles y miles de ciudadanos que componen un gremio, solo diez ó doce, no forman parte de una Sociedad protectora de sus derechos.

Allí, con muchísima más razon que aquí, podrán esquivarse en formar parte de la colectividad, dado el ínfimo precio de los jornales que ganan, pero ni aun así vacilan, porque tienen la firme conviccion de que es por medio de la Asociacion como han de lograr hacer respetar sus derechos.

La nueva Sociedad *Cooperativa Uruguaya*, cuenta,—dado el número de tipógrafos existentes en la República,—sino un número fabuloso, al menos lo bastante para lograr el planteamiento de lo que se propone.

Nosotros desde estas columnas, cumplimos con el sagrado deber de felicitar sinceramente á los iniciadores de tan bella como benéfica idea y desearemos que jamás las contrariedades, y por otra parte la mala fé de algunos de nuestros propios compañeros, la haga vacilar.

Adelante, pues, y jamás os detengais á espantar á los *valderillos* que á vuestro paso salgan á ladraños.

X

Historia de un pliego de papel

CAPITULO VIII

ESCRITORES Y COPISTAS DE LA ANTIGUEDAD Y DE

LA EDAD MEDIA

"Los yerros de los copistas, dice M. Lalanne en sus curiosidades literarias, son como la posterioridad de Abraham: más fácil sería contar los granos de arena del mar."

La falta de puntuacion ó su uso defectuoso ha ocasionado con frecuencia los más singulares contrasentidos. Hé aquí algunos ejemplos: los escritores han pretendido que Aristóteles era judío, y esta extraña asercion provenia de una falta de puntuacion, de una version de Josefo que trae esta frase: *y este dice, Aristóteles, era judío*, en vez de: *y este, dice Aristóteles era judío*.

Sabido es aquel dicho: *Martin perdió su asno por un punto*. Hé aquí la historia que refiere Cardan sobre ello: Un abate llamado Martin, quiso que se escribiera en grandes caracteres en el pórtico ó fachada de su Abadía de Azello, el siguiente verso

latino: *Porta patens esto. Nulli claudaris honesto*. Lo cual queria decir: Puerta, ábrete á todos; no estés cerrada para ningun hombre honrado. Pero el escribiente que lo escribió, ya fuese por descuido, ya por ignorancia, en vez de poner el punto despues de *esto*, lo puso despues de *nulli*, lo cual daba un sentido contrario, y significaba en su consecuencia: Puerta, no te abras á nadie, y ciérrate á todo hombre honrado. El Papa al pasar por esta abadía, se extrañó de ver este verso latino con mala puntuacion, y quitó la Abadía á Martin, creyendo que era culpa suya, y se la dió á otro, que se apresuró á hacer cambiar el punto de sitio. La palabra *Azello*, que es el nombre de la Abadía de Martin, significa asno, y de aquí el dicho: "Por un punto Martin perdió su asno."

En la edad media se designó con el nombre de escribientes (*cleros*) á los copistas, los monges y los eclesiásticos, que fueron los únicos que se hallaron por largo tiempo en estado de copiar los manuscritos.

Teniendo con razon la alteracion de los textos respecto de la doctrina, los obispos y los abades no confiaban más que á hombres especiales, iniciados en los dogmas de la religion, la copia de los libros sagrados.

Los monasterios, las metrópolis, los capítulos fueron por espacio de más de catorce siglos los depositarios de casi todos los monumentos escritos de la antigüedad. Los monges y los sacerdotes copiaban la Biblia, las obras de los Padres de la Iglesia, las colecciones de decisiones, de cánones, las fórmulas de las escrituras privadas. De entre los clérigos (*cleros*) tomaban los príncipes sus notarios, sus cancilleres; porque ellos eran casi los únicos que sabian leer y escribir. Hallábanse encargados por el Estado de la instruccion pública, y dirigian las escuelas y las universidades.

No es, pues, extraño que ejercieran en los entendimientos y en las conciencias, en las opiniones políticas y religiosas ese imperio absoluto que tiene la instruccion sobre la ignorancia, la fuerza sobre la debilidad, la riqueza sobre la indigencia. El pueblo vegetaba entonces en un estado de servidumbre, de tosquedad, de entorpecimiento; ignoraba sus derechos y su fuerza; no sabia sino lo que se queria que supiese.

En la mayor parte de los conventos ordenaba la regla la transcripcion de los libros. Este trabajo era tambien considerado como una obra expiatoria, sobre todo cuando se traba de libros religiosos.

"Esperamos que Dios nos recompensará, dice Guy, prior de los cartujos, por todos los hombres á quienes hayan librado del error estos libros y por todos aquellos á quienes hayan afirmado en la verdad católica."

La leyenda siguiente, referida en las crónicas de Normandía prueba la importancia que se daba á la transcripcion de los libros sagrados:

"Cierta hermano permanecia en un monasterio era culpable de muchas infracciones á las reglas monásticas; pero era escribiente y se aplicó á la escritura, copiando voluntariamente un volumen considerable de la ley divina. Despues de su muerte, su alma fué llevada para ser examinada ante el tribunal del Juez equitativo. Como los espíritus malévolos dirigieran contra ella vivas acusaciones á hicieran la exposicion de sus innumerables pecados los santos Angeles presentaban, por lo contrario, por su parte, el libro que habia copiado el hermano en la casa de Dios, y contaban letra por letra, el enorme volumen, para compensarlas por otros tantos pecados. Por último, escedió el número en una sola letra y todos los esfuerzos de los demonios no pudieron oponerle un solo pecado. Así pues, la clemencia del Juez Supremo perdonó al hermano y ordenó á su alma que volviera á su cuerpo, y la concedió con bondad, tiempo para corregir su vida."

Los clérigos y los religiosos de la edad media, y en particular, los de la orden de los Benedictinos, han hecho incalculables servicios á la humanidad; los monjes propagaron la palabra y los preceptos del Evangelio; trabajadores, cultivaron las ciencias como preceptores de la juventud; copistas, nos han conservado los escritores de los siglos. ¡Honor á la memoria de estos humildes y pacientes religiosos, que han conservado, con tanto celo, como les era dable, en estos tiempos de tinieblas y de tinieblas, la antorcha de las ciencias y de las letras! ¡Honor á ellos, que han salvado del naufragio esas maravillas del entendimiento, y que han reunido con tanto cuidado y paciencia los tesoros de que nos aprovechamos en el día!

Los escribientes (*cleros*) se hallaban sometidos á una regla severa: debían trabajar en silencio y con aplicación bajo la vigilancia de un bibliotecario; y como que no pudiera estorbárseles, el abad, el prior y el bibliotecario eran los únicos que tenían derecho de entrar en la sala de trabajo que llevaba el nombre de *scriptorium*.—Hállase en estas instrucciones del abate Tritheme la enumeración de las diversas operaciones necesarias para hacer un libro.

Que uno de vosotros corte las hojas de pergamino; que otro las alise, que otro trace en ellas las líneas que deben guiar al escritor; que otro prepare las plumas y la tinta, que uno lea y relea el libro que ha escrito el otro: que un tercero haga los caracteres con tinta roja; que este se encargue de la encuadernación, y este otro de las pinturas; que éste pegue las hojas y encuadernar los libros con tablillas de madera. Vosotros, preparad estas tablillas; vosotros, aprestad el cuero; finalmente, vosotros, adornad las tapas de metal que deben adornar la encuadernación.

Este fragmento nos hace ver, además, que ya en esta época, se apreciaban las ventajas de la división del trabajo.

CAPITULO IX

LIBREROS DE LA ANTIGÜEDAD Y DE LA EDAD MEDIA

La profesión de librero no fué en un principio distinta de la de copista, y el escritor vendía los libros que había copiado, así como en el día en algunas provincias, la mayor parte de los impresores tienen un almacén de librería; de aquí viene que la palabra *librarius* que designaba los copistas, se aplicara después á los libreros.

En el reinado de Augusto, habiendo llegado á ser muy importante el comercio de libros, los libreros y vendedores de libros, llegaron á ser distinguidos de los copistas. Estos entregaban al comprador el manuscrito terminado, que el bibliopolo pegaba al encuadernador (*bibliopagus*). Este último pegaba las hojas de papiro ó de pergamino una á otra, fijaba sólidamente á la última hoja el título ó el rubro sobre el cual debía rollarse el volumen, y después adaptaba á la parte superior del libro la piel ó el trozo de papiro destinado á servir de cubierta. O bien, reunía y pegaba juntas las hojas cuadradas en forma de libro y las envolvía en una cubierta de lienzo ó de madera guarnecida de varillas de cuero ó de metal.

Encuadrado de esta suerte para satisfacer el gusto del lector ó la vista del colector, porque en ese tiempo, lo mismo que en el día, muchas gentes compraban libros, menos como un alimento de estudio, dice Séneca, que como un adorno de casa, el libro iba á ocupar un lugar en la tienda del bibliopolo.

El programa de Marcial nos describirá también la vida de un librero de su época. Dice, pues, á un amigo, que le pedía le prestará un libro que él necesitaba.

—¿Por qué envías á buscar tan lejos lo que tie-

nes tan cerca de tí? Habitas el barrio de Argileto; cerca de él, en el foro de César, hay una tienda, cuyo mostrador ó escaparate todo abigarrado y estampado con títulos de libros, te ofrecerá al primer golpe de vista los nombres de todos los poetas. Aquí es donde puedes pedirme á Atræctus (el nombre del librero).

—Por cinco denarios (20 reales de nuestra moneda) te sacarán del primero ó segundo estante de la tienda un Marcial bien condicionado, bruñido con piedra pómez.—¡Dirás que no valgo yo tanto!—Tienes razón, Luperco.

Aulio Gelio nos dice que estas tiendas de libreros eran frecuentemente el sitio donde se reunían los literatos, los ociosos y los ingenios de su tiempo: aquí era donde se sabían las noticias literarias del día y donde se discutía sobre puntos de gramática y de filosofía.

Las delantillas ó escaparates de las tiendas estaban, como en el día, cubiertos de inscripciones y de anuncios que indicaban los títulos y los precios de los libros que se vendían ó alquilaban en ellos;—porque muchos pasajes de los autores de la antigüedad nos hacen suponer que los libreros alquilaban los manuscritos á los que querían leerlos ó copiarlos.—El interior de las librerías estaba adornado á su alrededor de estantes de madera bastante parecidos á los que presentan en el día las paredes de una tienda de papeles pintados; en ellos se colocaba los volúmenes en rollos; y en cuanto á los libros cuadrados, se les ponía en pilas encima de tablillas.

Además de los almacenes de libros, había también en Roma puestos de libros bajo los pórticos y en otros sitios públicos, como los que se ven actualmente en París en las galerías del Odeon ó en las barbacanas del Sena. Los latinos los llamaban *stationes*, nombre que se perpetuó hasta la edad media.

Desde el primer siglo de nuestra era, la Galia tenía librerías y libreros, como se ve por este pasaje de Plinio, el Joven: "No creía, dice, que hubiera libreros en Lyon; así es que tuve tanto más placer en saber que se vendían allí mis libros, y me felicito de verlos gozar en el extranjero de tanta voga como tienen en Roma."

El gusto por los libros se propagó en Roma bajo los emperadores, y el lujo de las bibliotecas llegó á ser una moda, contra la cual desfogó Séneca su bilis.—¡Qué me importan esos innumerables libros, cuyo dueño podría apenas leer sus títulos, dedicando á ello toda su vida! La cantidad abruma el entendimiento y no le instruye; mejor es atenerse á un número pequeño de autores que estraviarse con millares de ellos... En ese conjunto de libros, no veo ni gusto ni solicitud; solo se acumulan esas colecciones por ostentación. Así es como muchas gentes que no saben de literatura mas que los esclavos, tienen libros, no como objetos de estudio, sino para adornar sus comedores... tienen armarios de cedro y de marfil, hacen colecciones de autores desconocidos ó despreciados en medio de esa multitud de libros, y no aprecian en todos estos volúmenes, mas que su lomo ó su canto y sus títulos."

Los antiguos encerraban sus bibliotecas en armarios, arimados á las paredes, como lo están habitualmente entre nosotros, ó puestos en medio de las salas, de modo que pudiera dárseles vueltas alrededor. Estos armarios eran á veces de maderas preciosas, con adornos de marfil y de vidrio. El oro y el mármol se empleaban para decorar las salas en que estaban colocados.

A veces se decoraban las bibliotecas, colocando en ellas los retratos ó las estatuas de los hombres célebres. Este uso se estableció en Roma por Asinio Polion que fué el primero, al decir de Plinio, que abriendo una biblioteca pública, rindió el genio de los grandes hombres al patrimonio de las naciones.—"Hace algún tiempo, dice, se pone en las bibliotecas, en oro, en plata, ó al menos en bronce, los bustos de los grandes hombres, cuya voz inmortal resuena por do quiera."

CAPITULO X.

DE LOS MANUSCRITOS Y DE LOS LIBROS EN FRANCIA EN LA EDAD MEDIA

Los reyes de Francia de la primera raza, hallando el papiro en uso entre los romanos, se apresuraron á adoptarlo y lo emplearon casi exclusivamente para sus diplomas, hasta fines del siglo VII. Desde esta época, cayó mas y mas en descredito, y apenas si se podría citar un diploma de los carlovingianos escrita en papel de Egipto.

Desde el siglo VII, se escribieron los documentos en pergamino. Algunos tienen enormes dimensiones; así el rollo del sumario contra los Templarios, que se conserva en los archivos del reino, tiene cerca de 23 metros de longitud.

El mejor pergamino ó vitela se fabricaba en Oriente, y los pergamineros franceses no eran por lo común mas que depositarios suyos.

En el reinado de Carlomagno, las letras tomaron un nuevo impulso. Aunque poco literato, como todos los guerreros de su tiempo, pues Eginardo nos dice, que Carlomagno no sabía escribir, que en vano intentó aprender en una edad mas avanzada, y que firmaba con la punta de una espada,—este gran príncipe concibió, durante sus expediciones á Italia, amor á las ciencias y á las artes; tuvo cuidado de llenar las bibliotecas de su palacio de todos cuantos preciosos manuscritos pudo recoger, y á fin de multiplicar sus ejemplares, reunió copistas é iluminadores. Protegió á los libreros, estimuló la fabricación del pergamino en Francia, atrajo á los sabios á su corte y fundó la primera universidad de París.

CRONICA

Lo ignorábamos—Sabemos que hubo un resentimiento, que ya pasó mediante una explicación, de parte de los tipógrafos de *El Siglo*, por no haber éste aparecido en la lista de suscripción para esta hoja, en el mes de Febrero, y la cual continuaba,—después de una ligera consideración sobre la poca generosidad de los tipógrafos que no figuran nunca ó casi nunca en la mencionada lista, con estas palabras: "¿Y los otros?... ¡Qué vergüenza!..."

Ignorábamos que *El Siglo* tuviera en esa época 6,20 de suscripción, pues como esta cantidad no había sido entregada no podíamos nosotros adivinarlo, á pesar, es cierto, de que debimos haber hecho una excepción con él, pues ha tiempo que nunca se olvida de ese sagrado deber de compañerismo.

Sirvan estas líneas de rectificación, y crean los señores aludidos que no fué nuestro ánimo desconocer su generosidad,—en esta sola y única parte, también sea dicho,—y que les volvemos su crédito con respecto á la suscripción para *El Tipógrafo*, única cosa de que nunca se olvidan.

Mala Impresión—Corren rumores, que por cierto han causado mala impresión entre el gremio, que el señor Linas, que actualmente tiene el diario *Le Courier Français* por un tanto, trata de hacer trabajar, más de lo convenido, á los obreros.

Esperamos que este rumor salga incierto, y si por un acaso fuese verídico, creemos que el señor Linas reaccionará y volverá á dejar las cosas en su lugar.

Súplica—El señor Tesorero nos pide que supliquemos á todos los señores socios que se hallan atrasados en sus mensualidades se sirvan ponerse en cuenta corriente, con el fin de poder presentar sus cuentas á la Comisión nombrada para el efecto.

Esperamos que todos nuestros consocios no echarán en saco roto la súplica del señor Tesorero.